

# DON HENRIQUE, EL NAVEGANTE,

## Una inquietud viajera:

**DIRIAMOS** que es esa: una característica inconfundible de la última mitad del siglo XIV y primera del siglo XV.

Las Columnas de Hércules, el mar tenebroso de la Edad Media se van perfilando cada vez más en lo que son: Fantasmas nacidos de la ignorancia científica abultados por la imaginación popular...

Los viajes de Rubruck, de Pordenone y sobre todo del veneciano Marco Polo agudizan esa inquietud del europeo que llega e sentirse como encarcelado en el Viejo Continente. El Imperio del Gran Khan, Zipango y Cathai atormentan la imaginación de la vieja Europa que vive por otra parte, el interesante momento de una profunda transición histórico-ideológica.

Y no es de menos relieve el papel que desempeña en aquel cruce histórico esto que hemos llamado la **inquietud viajera**.

Porque ella empujó a la magnífica hazaña de los mares enteros...

Decimos **pueblos enteros**. Y fué que los hubo en realidad... Tales los de la Península Ibérica. Tenía que ser así. Desgajada, casi del resto del Continente, encastillada tras la Cordillera Pirenáica pasó siglos y siglos mirándose frente al mar, atalayando desde sus cabos temerarios los amplios rumbos atlánticos... Y así fué germinando en las dos naciones que forman la Península —España y Portugal— **el ideal conquistador**.

Ese ideal obsesionó más que nada al Portugal, diminuto cinturón de tierra que tenía que poner todas sus miras de grandeza hacia adelante. Y lo que tenía adelante era el mar...

Aquel anhelo de expansión, aquel genio aventurero, aquel reto al océano del pueblo portugués encarnaron en un personaje que supo imprimirles la lúcida sistematización de una inteligencia ordenadora: El Infante Don Henrique.

## Don Henrique, el Navegante, Príncipe de Portugal

Hay una concepción moderna de la Historia que adolece de un grave mal. Y es que se la considera no en la realidad de lo que es, sino descomponiéndola digámoslo así a través del prisma de una o varias naciones —pocas siempre— cuya importancia es muchas veces más que nada actual. Y quedan así en penumbra estudiada y traidora,

naciones y personalidades que de cierto supusieron mucho más que esas monopolizadoras actuales de la historia en la civilización del mundo.

Tal injusticia se le ha hecho a Portugal. Y más en concreto a uno de sus más grandes hombres: El Infante Don Henrique, cuyo vigoroso perfil histórico queremos delinear. Porque su obra fué magnífica: Deshizo mitos y franqueó las rutas oceánicas, llevando a todas partes el pendón lusitano y vinculado a él un **ideal de cruzada**...

Cuando Portugal había echado los sillares de su grandeza en la gloriosa jornada de Aljubarrota con aquel bravo Nuño Alvarez que comenzó la obra a golpes de tizona para que vienera Joao das Regras a concluirla a golpes de dialéctica, es decir en los albores de la Edad de Oro portuguesa, nació Don Henrique en Oporto en 1394.

No quiso su consagración de caballero en las hazañas vistosas pero estériles de un torneo. Quería hechos reales, una guerra de verdad que trajera honra y provecho a la nación. Preludiabase así en él el hombre que habría de llevar a su madurez aquella Edad de Oro inicial.

Surgió entonces la idea de la **expedición a Ceuta**. ¿En quien nació? La Historia no da una respuesta categórica.

De Ceuta había partido siete siglos antes por la traición del Conde don Julián, la invasión de Tarik; allí como una humillación a la Europa cristiana ondeaba la Media Luna. Restituirla al dominio cristiano revestía todos los caracteres de una épica jornada de gran valor simbólico...

Ceuta constituía además la entrada al Africa y quizá también al Oriente misterioso donde existía el legendario Preste Juan, donde estaban las codiciadas tierras de las especiarías... Toma la Ceuta era una magnífica consagración caballeresca. Por eso la Historia no se atreve a decir si la audaz empresa la insinuó el consejero Alfonso de Azambuja, si la concibió el mismo Rey o el genio vidente y práctico de Don Enrique.

Sea de ello lo que fuere la expedición se hizo. Y el Infante que si no la concibió la impulsó decididamente, llenó en ella su ambición de caballero en guerras de verdad...

## Sacrum Promontorium

En los vastos planes del Infante la conquista de Ceuta no era sino el primer ja-

lón. Un doble objetivo integraba esos planes: Poner el pie en África —hoy diríamos que adquirir bases militares y navales— que al par de servir en la lucha contra el Islam serían el punto de partida para una futura penetración en el continente negro. Además: explorar las costas africanas en la búsqueda audaz de las tierras de Indias, de fabulosas riquezas y con las que soñaba el Infante.

Tan amplios designios no se podían confiar a la aventura de unos marinos casi desprovistos de conocimientos náuticos. Lo comprendió así el Infante cuya cultura científica era de lo más completo que adquirirse podía. En Geografía y Cosmografía nada ignoraba de lo hasta entonces conocido. De los medioevales, los viajes de Marco Polo, las obras de Juan Muller y George Purbach.

Los antiguos —Herodoto, Estrabón, Tolomeo— le eran familiares.

Y esto mismo destaca más aún los méritos del Infante. Conocía las teorías geográficas de Tolomeo, la máxima autoridad en geografía desde los tiempos remotos de la Grecia. Pero con todo y ser el más grande no era el más acertado de los geógrafos. Había en sus concepciones errores que las viciaban hondamente.

El ilustre griego declaraba en su mapamundi irrealizable la ruta meridional a lo largo de la costa africana, sostenía que era imposible vivir en el Ecuador, ni siquiera en sus cercanías, porque bajo su sol verticalmente ardiente la vida —cualquiera que fuera— se hacía imposible...

¿Qué indujo al Infante a contrariar las teorías de Tolomeo, consagradas por largos siglos de aceptación? Quizá sea un secreto impenetrable.

Pero crónicas antiguas, con ellas Herodoto y Estrabón, apuntan el hecho singular de que en los tiempos faraónicos los fenicios, grandes marinos, habían atravesado el mar Rojo y al cabo de dos años, sin pensarlo habían regresado, pasando por las Columnas de Hércules —Gibraltar.

Y en un mapa dibujado hacia 1150, por un geógrafo árabe para el rey de los normandos, aparece indicada exactamente la Guinea **un país de riquezas**, con el nombre de **Bilat Ghana**.

Datos como estos pudieron venir a manos de D. Enrique y aunados a su ciencia cosmográfica engendrar algo más que una mera hipótesis aventurera de la posibilidad de circunnavegar el África.

Hablábase además de poblaciones legendarias señaladas por los viajeros como pequeñas cristiandades perdidas y lejanas. La-

tía la esperanza de que habrían de descubrirse unas islas felices, fragmentos del Paraíso terrenal, donde la humanidad vivía en la inocencia y felicidad primitivas...

Todo, pues, no podía darse a la aventura. Por eso vuelto a su Patria tras los azares de la expedición a Ceuta, don Enrique establece el centro propulsor de la navegación en 1416. En Sagres junto al cabo San Vicente, edifica la villa del Infante, que el vulgo llamaba la Tercena Naval. En realidad aquello era una Escuela Náutica provista de astilleros y arsenales.

En aquella institución invirtió el Infante los dineros de la Orden de Cristo, cuyo gran Maestre era, orden que no era sino la supervivencia en Portugal de los Templarios.

El sitio elegido no podía ser más adecuado. **Sacrum Promontorium** habían llamado aquel cabo los antiguos. Porque decía la leyenda que en él había existido antaño, un misterioso templo donde las divinidades iban a contemplar las amplitudes oceánicas...

Solitario casi en aquella punta rocosa que se va ma rodentro en gesto audaz, Don Henrique tenía que sentir la sensación de encontrarse en pleno mar.

Y tenía que acentuarse más vigoroso siempre aquel anhelo de surcar y domeñar el océano poblado de terribles fantasmas por la imaginación popular!

Ir más allá del Borjador, aureolado de tenebrosa leyenda. Porque "allí paraban todos". Arrancarle el secreto al mar tenebroso de la Edad Media!

Era realmente un instante de gran trascendencia el que simbolizaba el Infante oteando el océano. ¿Qué habría más allá? ¿Acabaría por triunfar?

Era el símbolo de un pueblo arriesgado e indomable, el intérprete de sus aspiraciones erigido allí en un reto de desafío...

La obra del Infante en Sagres marca época en el engrandecimiento portugués.

De allí partieron los audaces marinos. Y no ciertamente a la sola ventura.

Un historiador portugués dirá con razón años más tarde: Es claro que tales descubrimientos de costas, islas y tierras firmes no se hicieron yendo a acertar. Sino que partien nuestros marinos muy enseñados y provistos de instrumentos y reglas de astrología y geografía que son las cosas de que los cosmógrafos han de andar opercibidos. Llevaban cartas muy particularmente estudiadas y no las que los antiguos usaban que no tenían sino doce vientos y nevagaban sin aguja".

Del Infante sábase que fué el primero

en aplicar el astrolabio a la navegación introduciendo además el uso de las cartas planas desconocido hasta entonces.

Desde Sagres vencido el Bojador en 1434, el Infante lanza incesantemente al mar nuevas armadas "con el amplio gesto envolvente y majestuoso del labrador que riega sus simientes e nel surco" en hermosa frase plena de sentido de un historiador moderno.

Desde Sagres se irán —como canta Camoens— los nautas lusitanos: "Confiados a la mar incierta sobre ligeros bajelos por mares nunca de antes navegados contemplando hacia adelante el hemisferio nuevo,, una nueva estrella nunca vista de nación alguna". Y Pedro Núñez escribirá en 1537: Hallaron nuevas islas, nuevas tierras, nuevos mares; más, pueblos nuevos, cielos y estrellas nuevas...

Tenía que ser así. Los portugueses habían revolucionado la náutica. Sus bajelos no eran las naves peregrinas de 150 toneladas sino las carabelas audaces de hasta 1.500 toneladas. Sus legados habían alcanzado los países de Levante.

Todo esto tenía que conducirles a las tierras de las especierías, de las piedras preciosas y el oro...

Todo aquel vasto movimiento había partido de Sagres, del Sacrum Promontorium, más en concreto de Don Henrique. Y es preciso decir que lo que en Colón y los españoles fué una azar feliz, un **error acertado**, que les llevó a tocar en las playas de un Nuevo Mundo, fué en los portugueses para encontrar la ruta del Cabo, fruto de un arduo y racional esfuerzo. Esfuerzo que proviene de la inteligencia ordenadora de D. Henrique y en ella se resume...

### El Servicio de Dios

Cierto género de Historia que no merece tal nombre —materialista y tendencioso— ha querido señalar en D. Henrique exclusivamente el tipo del positivista y marcar con ese sello indecroso su obra grandiosa. Nada más falso. D. Henrique no fué un mero positivista. Y entiéndase bien que al decir tal no intentamos justificar al Infante absolutamente. Pudo tener sus errores. Ni queremos negar sus sueños de grandeza nacional.

Solamente queremos probar que D. Henrique supo vincular a sus ambiciones de símbolo de un pueblo un noble ideal: **el del cruzado...** Eso nos basta.

En la obra de D. Henrique presidió siempre un ideal de cruzada.

Dilatara la fe católica, llevar a las tierras nuevas la simiente evangélica fué algo de

que nunca prescindió el Infante. Lo demás estaba en un plano inferior: el engrandecimiento de Portugal, la prosperidad del comercio que traerían las riquezas de que estaba lleno el Oriente...

El servicio de Dios estaba en primer término.

El servicio de Dios: Todo el ideal de las Cruzadas en esa leyenda suscita y completa. D. Henrique nunca la olvidó. Era lógico. Los tiempos del Infante eran una supervivencia de la Edad Media cuyo ambiente caballeresco parecía flotar aun sobre los primeros albores del Renacimiento.

De aquella edad en que se iban los cruzados al grito de "Dios lo quiere a liberrar la Tierra Santa o el Sepulcro de Cristo, edad de los monjes combatientes que al par que no temían las cimitarras sarracenas dilaceraban su carne, con las puntas agudas de los cilicios bajo la burda estameña; de los monjes filósofos y teólogos que en la tranquilidad de sus celdas meditaban sobre temas trascendentales y sublimes.

"Servire liberatiter Deo" era la divisa luminosa que había dado San Agustín a la Edad Media y bajo cuya égida corrieron aquellos siglos en los Chesterton saluda "la única época de progreso de toda la Historia".

La Edad Media portuguesa estaba jalonada de figuras magníficas troqueladas en ese ambiente y cuyo influjo trascendía hasta los tiempos del Infante.

El ideal de cruzada en la obra de D. Henrique se perfila muy claro.

En vísperas de la expedición a Ceuta dudas las Infantes y el Rey. Portugal ciertamente se beneficiará de la empresa. Pero será alla del servicio de Dios?...

Es la pregunta reveladora de algo más que un mero positivismo.

Para dilucidar esa duda reúnese un consejo de teólogos y letrados cuya respuesta fué: Vuestra Merced puede mover guerra contra los infieles moros o gentiles o cualesquiera que nieguen de algún modo algún artículo de la fe católica por cuyo trabajo ha de merecer grande galardón de Dios para vuestra alma".

Era el visto bueno, el ejecútase de la expedición a Ceuta. Era en otras palabras el emblema de los cruzados: El servicio de Dios...

Más tarde en las críticas circunstancias creadas por el desastre de Tánger, un príncipe moro decía a D. Henrique: Por qué no me entregas a Ceuta?

Respondió el Infante: Porque es de Dios y no mía....

Rasgo expresivo, Índice en D. Henrique de lo que la Edad Media tenía de más glorioso: **El ideal de Cruzada...**

#### **Una leyenda y una realidad.**

Una ruta nueva hacia la tierra de la especiería, hacia el oriente legendario: El Infante soñaba con ella. Y pues que queremos dejar bien sentada la afirmación del ideal de cruzada de la empresa de don Henrique vamos a señalarla todavía en un doble factor que tiene de una parte el atractivo de una sugestiva leyenda, de otra la importancia de un hecho considerado por muchos como el entronque de una edad nueva: La caída de Constantinopla, y el mito del Preste Juan.

Con la toma de Constantinopla cerrábase definitivamente el único camino de los europeos hacia el Oriente, surtidor de productos exóticos, porcelanas, telas, especiería que habían creado una verdadera fiebre en Europa y que eran el nervio del comercio internacional.

Fuera de Venecia cuyos hábiles manejos le había llevado a inteligencias con la Media Luna, ninguna otra nación veía afluir a sus puertos las codiciadas riquezas. Los venecianos impusieron su monopolio es verdad. Pero la lucha empezó. Era un yugo indeseable cuya solución estaba en una nueva ruta hacia el Oriente. Tenía que pensar así el Infante.

Había más: Con la caída de Constantinopla Europa entera se había conmovido. Martín V llama a la Cruzada y Calixto III exhorta a la guerra santa.

Solo el Rey de Portugal, Alfonso V, promete acudir con doce mil hombres. Era Portugal de nuevo al servicio de Dios...

Al lado de estos hechos reales hallamos la leyenda del Preste Juan que constituye un mito de gran eficacia.

En el siglo XII un prelado armenio informó al Papa Eugenio III de su existencia más allá de Armenia y Persia, señor de vastos territorios, paladín de la fe cristiana. Decíase de él que reyes idólatras le rendían vasallaje y que al subir al trono enviábanle presentes como esperando de él la confirmación en sus reinos. Los mensajeros al despedirse veían asomar un pie tras una cortina y recibían unas cruces...

Los europeos del medio evo, ingenuos y crédulos, idealizaron al Preste Juan. Su nombre, su grandeza, las cruces induperon a creer que se trataba de un rey cristiano. Se disputó largamente la situación de su país. Quizá es lo más cierto que se trataba del rey de Etiopía, donde existiera antaño

un cristianismo floreciente. Tanto creían los europeos en la existencia del Preste Juan que el rey de Portugal encargó a San Antonio de Padua ir a India por Palestina y Egipto para llevar mensajes al legendario Preste.

Don Henrique vivió plenamente la leyenda aquella. Y eso porque vivió su ideal de cruzada. En los confines de la tierra conocida había un soberano que erguía contra el Islam la bandera de la Cruz. Era necesario llegar hasta él, procurar su alianza. Porque así el Islam quedaría entre dos fuegos: Del lado de acá de Constantinopla la Europa cristiana. Allende el Preste misterioso...

El Infante se expresó bien claro a uno de sus marinos: Que no solamente de aquella tierra —Africa Occidental— deseaba tener noticias sino de las Indias y de la tierra del Preste Juan si se pudiese".

D. Henrique vivió el mito pintoresco. Y no es que fuera un visionario y soñador. Sino que era un hombre de su tiempo. Esa candorosa simplicidad pone de relieve una vez más su espíritu altamente idealista y creyente que estuvo siempre donde creyó ver el servicio de Dios.

Esa candorosa simplicidad no hace mengua al hombre que trascendió su siglo con visiones magníficas y dispersó por los rumbos marinos a sus compatriotas porque fueran a despertar mundos dormidos allende el Océano...

#### **Talent de bien faire.**

Era la divisa del Infante. Correspondió a ella su obra. Pasó el Imperio Portugués como tenía que suceder. Pero eso no indica que pasara la obra del Infante. Un historiador portugués actual resume así: Fué casi un siglo en que tuvimos en nuestras manos las llaves de varios continentes y llevamos a los rincones más ignotos del Universo el nombre de Portugal y la Fe de Cristo. Obra frágil, transitoria, efímera?

En el inmenso panorama de las edades un momento apenas. Un momento que todavía baja para afirmar la existencia, la voluntad, el heroísmo y la grandeza de un pueblo y su papel extraordinario en la marcha de la civilización"...

Es cierto. Magníficos timbres de grandeza que tuvieron su génesis en el Sacrum Promontorium, donde el Infante comenzó su labor haciendo armonía de su ideal de cruzada, de su vasta ciencia y de su tenaz voluntad para empujar a su pueblo a la grandiosa hazaña de los mares...